

## CAPÍTULO 8

# ANGUSTIA E IA. RELACIONES ENTRE EL PENSAMIENTO DE SØREN KIERKEGAARD Y LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

---

Iram Betel Mariscal Contreras

## PRESENTACIÓN

El objetivo del presente trabajo pretende encontrar una relación entre la IA, y el pensamiento de Kierkegaard. En este sentido, se encuentra el concepto de la angustia como puente de relación. Por ello, la pregunta guía es la siguiente ¿cómo se desenvuelve la angustia en relación con la Inteligencia Artificial? Esto último hace que la escritura se divida en cuatro bloques. Primero, se hace una revisión del pensamiento del filósofo danés, para saber qué entendía por *angustia*; su obra homónima *El concepto de la angustia*, así como *La enfermedad mortal*, serán primordiales, en ellas se explica el cómo la angustia es parte fundamental del ser humano, el cómo y por qué es un concepto clave en el conocimiento de sí mismo. En segundo lugar, la IA tomará protagonismo más allá de ser, según Leiner y sus colegas, “una red interconectada

globalmente a través de la que cada uno pudiera acceder desde cualquier lugar a datos y programas” (1999), para encontrar una conceptualización profunda cuya dinámica pudiera ser relacionada con los conceptos de la posibilidad y la imposibilidad (términos ambos, definitorios de la angustia). En tercer y cuarto lugar, la parte más dialógica, muestra el cómo la IA da paso a el olvido de la angustia; y cómo recuperarla mediante la educación.

Ahora bien, el problema es el siguiente: la angustia es una “*antipatía simpatética y una simpatía antipática*” (Kierkegaard, 2016, p. 160), es decir, una repulsión y una atracción por las posibilidades, la cual solo puede superarse mediante la elección. Sin embargo, las posibilidades que la IA ofrece son casi infinitas, con lo que la angustia crece tanto, que la cabida a la elección se dificulta.

¿Qué proponer para solucionar esto? El flujo de datos en internet que entrena a las redes neuronales, hacen de la IA algo aparentemente imparable. Hechos como el *scrolling infinito* hacen de

la posibilidad de elegir, algo superfluo que paraliza e incapacita al ser humano para tomar decisiones claras. Ya que no se le da “tiempo al cerebro de ponerse al día con los impulsos, razón por la cual se queda enganchado indefinidamente. [...] Bloquea que puedas pensar y que te plantees salir de la pantalla” (Estapé, 2024, p. 286). Sin embargo, es precisamente esto último lo que se pretende como hipótesis. ¿Frente a cuántas posibilidades está el ser humano en su día a día? La enumeración de estas no alcanzaría nunca para dar una respuesta certera. El espectro de posibilidades frente a las cuáles se está, es gigantesco. Y de este espectro no se es consciente, por ello, sólo engendran angustia ciertas posibilidades. Específicamente aquellas que prometan la existencia misma. Ya que no es lo mismo la posibilidad de un diabético de tomarse una bebida azucarada, o un vaso de agua simple, que su elección por el color de sus prendas en el día. La angustia, pues, sólo será aquella que despierta la “infinita posibilidad de poder” (Kierkegaard, 2016, p. 162), es decir, aquella elección que comprometa completamente la vida. En cambio, el rendirse ante la posibilidad, desentenderse de esta y quitarle importancia a la elección es un no-angustiarse. Estado similar en el que la web mantiene a sus usuarios.

La IA en su empeño positivo por la eliminación de la negatividad, ofrece todas las posibilidades al ser humano. De esta manera, no hay posibilidad para la angustia, en tanto no hay una obligación que niegue la posibilidad que no se elige. Con ello, la elección y la superación de la angustia serán de suma importancia para escapar de la complacencia de la IA. La posible solución es la siguiente: hay que educar en la angustia, de tal manera que se aprenda siempre se supera mediante la elección.

## **ANGUSTIA Y DESPERACIÓN, CONSTITUYENTES PRIMORDIALES DEL SER HUMANO SEGÚN KIERKEGAARD.**

Para empezar, es necesario remitir a la concepción que Kierkegaard tiene sobre ser humano. De esta deriva la angustia. En *La enfermedad mortal*, Kierkegaard describe que el ser humano es una síntesis que se compone de una doble relación dialéctica. Primero, de la relación de finito e infinito. Y segundo, de esa relación que, valga la redundancia, se relaciona consigo misma. “El hombre es una síntesis de infinitud y finitud” (Kierkegaard, 2018, p. 33). En términos simples, el ser humano en primera instancia oscila entre lo finito y lo infinito. Relación dialéctica que está siempre en tensión, y que define todos los aspectos de su vida. Por ejemplo, físicamente, no existiría el cuerpo, si no estuviera delimitado por su posición en el espacio. En este caso, todo aquello que está dentro de la piel, es considerado finito frente a un espacio infinito que habita.

Ahora bien, según el pensador de Dinamarca, aún falta algo. “El hombre, considerado de esta manera, no es todavía un yo” (Kierkegaard, 2018, p. 33). Para que haya una duplicación de relaciones, es necesario que el ser humano pueda percibirse. En palabras sencillas, la doble relación surge cuando el ser humano puede percibirse a sí mismo como

una relación de finito con infinito. En este movimiento, se da cuenta de sus diferencias que le hacen guardar cierta singularidad. Es una dinámica de identificación donde surge el *yo* como la conciencia de sí mismo en términos finitud e infinitud. De ahí, que esta persona que se ha visto a sí misma haya hecho un movimiento doble de relación, ya que parte de ser una síntesis de finito e infinito, para volver hacia sí, y darse cuenta de dicha síntesis. El ser humano para Kierkegaard se configura como una relación que se relaciona consigo misma. “¿Qué es el *yo*? El *yo* es una relación que se relaciona consigo misma, o dicho de otra manera: es lo que en la relación hace que ésta se relacione consigo misma. El *yo* no es la relación, sino el hecho de que la relación se relacione consigo misma” (Kierkegaard, 2018, p. 33).

Antes se hizo la alusión de que el ser humano, a pesar de estar siempre frente a sus posibilidades, no todas le causan angustia. Precisamente aquí se justifica tal afirmación. La primera relación es la base para el *yo*. Cuando este hace el movimiento de identificarse a sí mismo, parte de que *per se*, es una síntesis de finito e infinito. Es decir, siempre y en todo momento el ser humano es finitud e infinitud. Pero, cuando hace el movimiento del *yo*, se hace consciente de lo finito y lo infinito. Esto tiene cabal importancia, ya que es consciente, al mismo tiempo, de que su propia finitud está en constante evolución frente o dentro de lo infinito.

Hay que agregar, luego, que en esta dupla de términos, lo infinito y lo finito tienen homólogos. La posibilidad es a lo infinito, lo que la necesidad a lo finito. Dice el pensador nórdico:

El *yo* está formado de infinitud y finitud. Pero esta síntesis es una relación y, cabalmente, una relación que, aunque derivada, se relaciona consigo misma, lo cual equivale a libertad. Más la libertad es lo dialéctico dentro de las categorías de posibilidad y necesidad. (Kierkegaard, 2018, p. 50).

Según la última línea, la libertad está constituida también dialécticamente. Es decir, la libertad existe mediante la relación de la posibilidad con la necesidad. Desde este punto de vista, solamente el *yo* puede ser libre. Pues si el *yo* únicamente puede relacionarse consigo mismo, es porque parte de otra relación previa que es la de finitud-infinitud/necesidad-posibilidad. La dinámica es la siguiente: lo posible pasa siempre a ser necesidad. En el momento en que un individuo ha decidido ser padre, la posibilidad de su paternidad ha cambiado a ser una necesidad, que se expresa en la relación con el hijo. De esta forma, el movimiento lógico implica que A llegará a ser B.

De ahí, quien está en medio de A y B, es el ser humano que, por obra de su libertad, decide cuál posibilidad pasará a ser necesidad. Pero ¿cómo saber qué posibilidad pasa a ser necesidad? Para ello, tiene que haber una examinación de sí mismo. Por ello, es una doble relación, pues la primaria lógica A y B, sólo tiene dinamismo en la medida en que se relaciona consigo mismo. Aquel en posibilidad de ser padre, ha tenido que examinarse a sí mismo, y con base en sus estudios, decide. En consecuencia, el *yo* es una autoconsciencia que existe entre dos términos.

Lo peculiar del pensamiento de Kierkegaard, es que su lógica parte de la existencia misma.

La libertad consiste en que *se puede*. En un sistema lógico es bastante fácil decir que la posibilidad pasa a ser realidad. En la realidad, no es tan fácil, y se necesita una determinación intermedia. Esta determinación intermedia es la angustia (2016, p. 166).

Cuando el pensador nórdico pone acento en la dificultad, es porque piensa esta lógica dialéctica como un movimiento ligado sí o sí al ser existente. Cuando habla de posibilidad, no está hablando en unicidad. El yo que está frente a aquello que puede ser, es consciente de la multiplicidad de posibilidades. En términos lógicos, A puede llegar a ser B o C o D, etc. El yo navega la vida con una multiplicidad de posibilidades, pero evidentemente, no puede ser todas. Aquí no hay superación; sino tensión. Hay rechazo, pues la finitud no puede abarcar la infinitud. De ahí que surja la angustia, pues el que está en posibilidad, sabe que, al elegir B, no podrá ser D. La angustia, en este sentido, es una *determinación intermedia*, porque está a la mitad de la posibilidad y la necesidad, y porque determina cuáles posibilidades serán las que llegarán a ser necesidad.

La angustia invita a la reflexión. Pues el yo es consciente de sus posibilidades, y se angustia por estas; sin embargo, dicha angustia sería imposible si no pudiese pensar en las consecuencias. Si el individuo elige B o C, estas elecciones traerán consigo otro conglomerado de posibilidades, así como un nuevo ser presente. Al elegir B, esta elección cambiará la vida entera del individuo, pero al elegir C, también. El ser humano piensa en las consecuencias de su posible acción, de sus *ventajas y desventajas*, y al momento de regresar al instante de su elección, piensa de nuevo en aquella otra posible acción. Este pensar y volver a pensar constituyen su re-flexión. Cosa que le genera repulsión y atracción al mismo tiempo.

De ello se siguen dos cosas, primero, que “en el instante en que es puesta la realidad, la posibilidad queda de lado como una nada que tienta a todos los hombres insensatos” (Kierkegaard, 2016). Es decir, que cuando la posibilidad ha sido pasada a la necesidad, siempre quedará como un deseo inextinguible por aquello que ahora es imposible *¿Qué hubiera pasado?* Es el ejemplo de la tentación de la que habla Kierkegaard. Una posibilidad cuando no es electa se convierte en nada, perdida en el infinito que no pudo abarcarse.

En segundo lugar, se ha dicho que en el caso del pensamiento kierkegaardiano, no hay superación. Cuando se abre el panorama de la elección, no se elimina el concepto mismo de la posibilidad. Cuando A ha sido convertida en B, esta toma el lugar ante el cual se abren otras variables. Así, A llegará a ser B, que llegará a ser C o D. “La angustia es la realidad de la libertad en tanto que posibilidad ante posibilidad” (Kierkegaard, 2016, p. 159). La libertad da cuenta, como se dijo, de que está entre dos términos, en un sentido real, pues el punto de enfoque es la existencia misma. Pero lo importante es *la posibilidad ante la posibilidad*. Con la elección no se elimina la posibilidad; al contrario, se abre una nueva

posibilidad. El proceso lógico de Kierkegaard da por hecho de que no hay una superación que impulse al ser humano hacia órdenes de asociación más altos. Por el contrario, si es que existe alguna clase de superación, sólo es de la posibilidad presente, pero que no apunta hacia instituciones, sino, a nuevos estados existenciales de la persona. Por ello, Kierkegaard usa el término individuo. Pues este es indivisible siempre; no importa que ocupe un cargo alto en la sociedad, la dialéctica existencial estará presente como lo ha sido desde el principio.

Ahora bien, Kierkegaard rechaza “la idea de encontrar la propia identidad a través [...] de cualquier] institución que venga impuesta por la convención social” (Vardy, 1997, p. 70). Que el ser humano halle su propia identidad con la convención social, implicaría que lo finito puede bastarse a sí mismo. El ser humano es una síntesis de finito e infinito. Eso es lo que le otorga la singularidad, pues en su vivencia existencial, es consciente de su propia posición.

Es consciente de la tensión entre lo finito y lo infinito. Tensión que no puede vivir ninguna persona de la misma manera respecto de otra. Esta diferencia fundamental que otorga la síntesis hace que el ser humano sea único e irrepetible. Y hace también que la única identificación ocurra no a un nivel social, sino más íntimo. La única forma de identificación consiste en la angustia, un sentir común a todos, pero que conjuga términos distintos para cada uno.

Las circunstancias sociales corresponden al aspecto finito. Por ende, sujetas a la mutación. Es incompatible desde este punto de vista la identificación y la convención social, pues llegaría un momento en donde ya no puede dar sustento a la identidad humana. En cambio, la angustia se repite constantemente en la irrepetibilidad de los seres humanos, por lo que es signo siempre de identificación. En este sentido comenta García, que “lo que en verdad nos hace ser diferentes unos de otros es nuestra singularidad; esto es, el hecho de que seamos cada uno *yoes*” (2009, p. 228). *Yoes* que se componen de la revisión de sus propias posibilidades y necesidades, y que en consecuencia, se angustian.

No hay que huir de la angustia; por el contrario, angustiarse es una forma de conocerse a sí mismo. Por ello, entre más angustiado pueda estar el ser humano, más conocimiento tendrá de sí mismo, y por ende, su identidad no se verá arrebatada de ninguna manera. A la par que su singularidad se manifiesta. Pues como escribió Xirau al respecto, “la angustia bien entendida es la que lleva a darnos cuenta de nuestra verdadera condición: finitos, limitados, tenemos un deseo infinito de infinita presencia” (1983, p.339). Esa singularidad que se genera en el choque entre lo finito y lo infinito sale a relucir en el momento de la angustia.

Ahora bien, la recomendación que se hace es que el flujo de posibilidades y necesidades no se estanque. Es necesaria la elección para la superación de la angustia. Sin embargo, así como una persona anhedónica pierde toda motivación y falta de interés en las decisiones importantes de su vida, análogamente, puede darse el caso de que la persona no se angustie, y en consecuencia, se mantenga reacio a la elección, o les dé nula importancia a sus elecciones.

¿Cómo es esto? Escribe Kierkegaard que “la discordancia de la relación no es una simple discordancia, sino la de una relación que se relaciona consigo misma” (2018, p. 34). Porque el yo es una doble relación, una autoconciencia que examina su posición existencial y en pos de ella decide, elije sus posibilidades a partir de sus necesidades. Pero sucede que la reflexión por lo posible de la que líneas antes se habló, cause tal *temor* y *temblor*, que el desesperado huya de elegir. Cuando sucede esto, no hay el flujo de la dialéctica posibilidad necesidad. Puede darse el caso donde el yo, en su acto de doble relación no quiera hacerse responsable de su ser futuro que llegará mediante la elección. Y por ello prefiere no examinarse. Dejar de vislumbrar las posibilidades para no sentir la agudeza de la angustia. Con ello, deja de ser un yo y, en términos claros, regresa a su previa relación.

La desesperación es un estado donde hay una discordancia en el yo que se relaciona consigo mismo. Hay una ruptura en la vuelta de la relación. Y una vez que el desesperado ha regresado a su primigenia dialéctica finito-infinito, no le queda otra que encerrarse en uno sólo de los términos. Y así, se genera un desesperar de lo finito, y un desesperar de lo infinito: “llegar a ser sí mismo significa que uno se hace concreto. Pero hacerse concreto no significa que uno llegue a ser finito o infinito, ya que lo que ha de hacerse concreto es una síntesis” (Kierkegaard, 2018, p. 51). En efecto, la letra *o* implica siempre una selección y eliminación de los términos que se encuentran divididos. Esto sólo puede hacerse en la discriminación de posibilidades, pero no en los factores del yo.

Pues sí, hay múltiples posibilidades al frente, y estas pueden ser elegidas o no. Pero el hecho de elegir lo finito o lo infinito, implica ya un estado de discordancia, y por ende, una imposibilidad para la generación del yo. La concreción, por el contrario, surge de la síntesis (que está en constante movimiento) de lo finito y lo infinito. Su dialéctica intrínseca es lo que hace *llegar a ser* yo.

## DEFINICIÓN DE IA. O EL CAMINO HACIA LA APARENTE INFINITUD.

Hacia 2003 Safranski escribía: “La globalidad se presenta como una interconexión del sistema, el cual funciona de manera tan colosal y, a la postre, tan olvidado de los sujetos, que ya casi resulta obsceno recordar la importancia del individuo”(2013, p. 75). El globo antaño desconectado, se percibía como una multiplicidad de islas que carecían de intercomunicación. De suerte que habría pueblos enteros que en la profundidad de las mentes de sus habitantes, concebían aún sus comunidades como un todo. Si bien se sabía que existían otros pueblos, su conocimiento aún quedaba superfluo, y saber de él se remitía a la información contenida en los libros, o en los relatos de los viajeros.

Empero, en las comunidades de antaño existían ritos. Costumbres que se repetían durante mucho tiempo, pero que por lo mismo cohesionaban a la comunidad, haciéndola fuerte y dotándola de sentido. De suerte que esta se concebía como un faro para el sinsentido de la existencia. “Los ritos son acciones simbólicas. Transmiten y representan

aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada una comunidad. Generan una *comunidad sin comunicación*, mientras que lo que predomina hoy es una *comunicación sin conexión*"(Han, 2020b, p. 5). En efecto, la capacidad que tiene la globalización de establecer comunicación entre todos los pueblos del mundo acarrea consigo problemas. Pareciese que el ser humano no está acostumbrado a la masa de información que comprende el mundo entero. Pareciese que, asombrado, dirige su mirada hacia la novedad y se vuelve esclavo de esta.

Ahora bien, en ese lejano 2003, primera mitad de la década de los 2000's, el mundo vivía la plenitud de una *sociedad 3.0*, que sostiene Ríos, se reconocía por una "web semántica que posibilitó a los usuarios afinar sus búsquedas y encontrar, con mayor facilidad, tutoriales y plataformas digitales gratuitas que facilitaran la realización del trabajo"(2020, p. 175). Donde redes sociales como Metroflog, Hi-Fi, y las aún vigentes Twitter, Facebook y Youtube, empezaban a afianzarse. En el desarrollo de la humanidad, esta pasó de una globalidad por medio del radio, teléfono y televisión, a una era digital que agudizaba la multiplicidad de información. ¿Cómo no vivir la etapa de la *comunicación sin conexión*, si cada una de las personas vivían abrumadas con la cantidad enorme de datos que día a día recibían? Y más aún ¿cómo no olvidar la importancia del individuo, si para asimilar el mar de información, sí o sí tenía que reducir su complejidad para caber en un dato binario de internet?

Entre más tecnologizada y digitalizada, más difícil es sostener al ser humano dentro de su riqueza y complejidad. Si la primera década y el tercer lustro del nuevo siglo estuvieron dominados por la sociedad 3.0, a finales de la década del 2010's, la sociedad entra en la etapa 4. Esta se distingue por "la llegada de la Inteligencia Artificial, la realidad aumentada y la predicción de datos"(Ríos, 2020). La Inteligencia Artificial avanza en eficiencia, y el hecho de que esté abierto al público, implica que su uso explote día a día. Cualquiera es capaz de entrar a ChatGPT y resolver una duda inmediatamente. No hace falta, como antaño, ir al buscador de Google y seleccionar una entrada de entre todas; la Inteligencia Artificial sustituye dicha tarea. Se ha popularizado la IA, y cada usuario hace uso de sus beneficios. Así, pareciera que ésta es un manto que poco a poco va cubriendo la tierra. "El mundo digital transita a la par del mundo real y para responder a las necesidades que impone, se ha creado una necesidad de estar conectado de uno y otro modo"(Ríos, 2020, p. 176) Las preguntas se abren ¿Llegará un momento donde el ser humano no pueda concebir la vida sin lo virtual? ¿Cuáles son las consecuencias respecto al manejo con los otros, y consigo mismo?

Para responder a ello, es conveniente revisar qué se entiende por IA. La definición de Coca y Llivia es la siguiente: "Es la Ciencia de la Computación encargada de aplicar métodos de representación del conocimiento, razonamiento, tratamiento de la incertidumbre y aprendizaje, en el desarrollo de sistemas informáticos con comportamiento racional"(2021, p. 48). Es decir, la IA es una disciplina que busca razonar información previa con el objetivo de actuar como si fuera inteligente. En este sentido, puede pensarse a la IA como una forma de ordenamiento de información, por un lado, está la base de datos, y por

el otro la representación de estos. Representación que necesita lidiar con la incertidumbre de lo correcto o incorrecto. Aquello que genera a partir de la información dada está sujeto al criterio humano, de tal manera que poco a poco, con las debidas correcciones, va asemejándose cada vez más a la inteligencia humana.

Esto tiene sentido si se piensa la mente como un nodo mediante el cual se selecciona información (*inputs*), que le proporciona su entorno. La cual es expresada en acciones (*outputs*) acordes al interés del individuo. Siguiendo a Coca y Llivia, “los filósofos concibieron la idea de que la mente es como una máquina que funciona a partir del conocimiento codificado en un lenguaje interno y el pensamiento servía para seleccionar las acciones”(2021, p. 9). Evidentemente no se puede reducir la filosofía a esta única dinámica del conocimiento, sin embargo, lo que observan Coca y Llivia es importante, ya da una cierta idea de cómo funciona la IA, y por qué es que se asemeja al pensamiento humano.

Los seres humanos aprenden mediante prueba y error. Y mediante la eficiencia de sus acciones, es que se afirma, han aprendido. Así, mediante prueba y error, se pueden aprender habilidades como andar en bicicleta, encestar un balón, la ejecución de un instrumento, etc. En este tenor, una guitarra puede no sonar debido a la posición incorrecta de las manos; éstas necesitan una cierta inclinación y fuerza para que las cuerdas puedan vibrar y generar sonido. Entonces, hay un cierto número de acercamientos entre las manos y la guitarra, éstos son captados como información, y la mente va aprendiendo cuáles son las acciones adecuadas que debe realizar para llegar al fin deseado, en este caso, la producción de sonido y la ejecución de una melodía. De manera que, mediante correcciones, se aprende.

Ahora, este esquema básico puede ser complejizado. De modo que se generan cúmulos de conocimiento y acciones que determinan los fines. Continuando el ejemplo anterior, no sólo es necesaria la correcta posición de las manos; también el instrumento es una construcción de un lutier que mediante prueba y error ha llegado a saber cómo fabricar una guitarra; asimismo, para saber cómo componer una melodía, se ha tenido que pasar por un proceso de aprendizaje en teoría musical.

Luego, si se entiende por sistema como “conjuntos de elementos que guardan estrechas relaciones entre sí, que mantienen al sistema directo o indirectamente unido de modo más o menos estable y cuyo comportamiento global persigue, normalmente, algún tipo de objetivo”(Cathalifaud y Osorio, 1998, p. 41), puede decirse entonces que el esquema de conocimiento es un sistema de tres elementos: la información dada, su selección, y representación en acciones.

Empero, como se dejó en claro con el ejemplo musical, tanto la composición de la melodía, como la ejecución del instrumento, y la fabricación de este, parten necesariamente del esquema básico presentado anteriormente. Puede seguirse por tanto, que son sistemas y, en consecuencia, el enlace de varios sistemas es requerido para llegar a algún fin. Lo que deja enseguida, enjambres de sistemas necesarios para el aprendizaje y generación de algo.

Tales y tantos son los cúmulos de sistemas que se han desarrollado a lo largo de la historia humana, que hemos aprendido a reproducir su dinámica de manera artificial. Es aquí donde la IA entra en juego. Esta, similar a los enjambres de sistemas, para desarrollarse, y llegar a fines que se consideren coherentes, utiliza Redes Neuronales Artificiales definidas como un:

Modelo matemático desarrollado en el área de la Inteligencia Artificial que trata de representar el funcionamiento del cerebro. Se utiliza para tareas de clasificación y regresión fundamentalmente, incluye un proceso previo de entrenamiento. Ha acompañado los principales resultados de la IA desde sus inicios hasta nuestros días, por lo que es una de las técnicas más reconocidas en este campo. (Coca y Llivia, 2021, p. 50).

Es así, que se puede imaginar a la IA como un cerebro gigantesco, cuyas entradas y salidas, se asemejan a las entradas y salidas de las neuronas. Estas tienen acceso a la mar de datos que aparece en el internet. Y, si bien no es infinita la información en la red, sus entradas no dan ya una vida humana para ser revisadas. Un ser humano ya no puede, con el tiempo de vida que tiene, revisar todos los textos, videos, programas, y demás información que la internet ofrece. Sin embargo, la IA, por su inmensa capacidad, sí puede. La IA es la síntesis de toda la información existente en el internet. Información que está al alcance de quien interactúe con ella.

De manera que la relación con el ser humano hace a la IA saber qué resultados arrojar. Aunque mecánicamente, ya que, conforme a Coca y Llivia, “su autonomía es de carácter técnico, es decir, se encargan de los procesos que van desde la búsqueda de información hasta la toma de decisiones” (2021, p. 31). Concíbase la IA como una máquina de búsqueda, clasificación y selección que ha sido entrenada para mostrar los resultados, lo más razonable posible.

## LA ANGUSTIA Y LA IA, O LA HUIDA DE LA POSIBILIDAD.

Ahora bien, de ello ¿se sigue que hay algún problema de índole existencial? Contrariamente a lo que Coca y Llivia arguyen, a saber, que:

Las máquinas en general no constituyen una amenaza existencial para la humanidad. [...] no tienen autonomía moral, no poseen voluntad propia y permanecen al servicio de los objetos que se les ha fijado. Aunque, cada vez más el propio desarrollo de la IA se encargue de hacernos ver que son verdaderamente inteligentes y conscientes de lo que hacen” (2021, p. 31)

El escrito presente pone el dedo en la futura llaga. El problema justamente está en la frase *permanecen a los objetivos que se les ha fijado*. En otra entrada del mismo artículo, Coca y Llivia sostienen que “muchos de los sistemas más importantes hoy son desarrollados por empresas privadas, lo cual implica que no siempre existe suficiente transparencia respecto a los datos utilizados” (2021, p. 40), además de que “las tecnologías

de la IA no son neutrales, sino que están intrínsecamente sesgados por los datos en los que se basan y las decisiones que se toman durante la integración de esos datos” (2021, p. 32). En efecto, la IA no actúa en contra de cánones que no son permisibles dentro de acuerdos sociales. Son seres humanos quienes dictan los patrones de comportamiento de la IA.

De ello, se sigue la pregunta ¿cuál es ese comportamiento que es implantado a la IA? Para responder, uno puede ir, por ejemplo, a ChatGPT y verificarlo. Pareciese que todo se comporta bajo la falta del límite. No hay límite específico en la cantidad de chats que pueden abrirse en la plataforma; no hay ningún tema del cuál no posea conocimiento; y en todo caso de no poseer la información, gracias a sus redes neuronales creará nuevos datos que sigan cierta coherencia con lo que se está hablando. Por otro lado ¿cuántos temas pueden surgir, para hablar con ChatGPT? Pareciera que eso corresponde al individuo. De su ingenio depende el cómo responda la IA. Se le puede indicar que personifique a alguien famoso, del pasado o del futuro. Así se puede cumplir la fantasía de hablar con Sócrates, o el siguiente gran científico. Tal como podemos indicarle que funja como terapeuta y contarle todos nuestros problemas.

ChatGPT parece la meca de la ilimitación y la libertad. Las únicas represalias, paradójicamente, resultan de aquellos intentos por sesgar. De nuevo, dicen Coca y Llavinia que “la IA debe fomentar la *diversidad cultural*, la inclusividad y el florecimiento de la experiencia humana, procurando no ampliar la brecha cultural” (2021, p. 40). Es por ello, que en tales o cuales entradas que se le hacen a ChatGPT, este pone debajo del *prompt* introducido una advertencia en rojo indicando la ruptura de políticas de uso; además de que la propia IA responde reacia a generar texto que considere inadecuado. Poniendo las acciones en la balanza, la idea de fomentar la inclusividad y la diversidad cultural es en suma preferible; no todos tienen acceso a la tecnología. Pueblos enteros se beneficiarían enormemente del uso de inteligencias artificiales. La tarea enorme y crucial, sería hacer llegar la IA a todos en la diversidad de culturas y lenguas de los pueblos del mundo.

Pero por ello, hay que ser doblemente críticos con la IA. Está claro que acarrea problemas. Este trabajo se escribe con cierta inclinación al pensamiento de Byung-Chul Han. Su concepción sobre la libertad actual resulta conveniente. Para el filósofo surcoreano el sujeto contemporáneo es “libre en cuanto no está sometido a ningún otro que le mande y lo explote; pero no es realmente libre, pues se explota a sí mismo, por más que lo haga con entera libertad” (Han, 2019, p. 31). En la actualidad la libertad está prescrita en las mentes de las personas. Una libertad absoluta en donde se puede ser y hacer lo que se quiera. Lamentablemente, en tanto todo se puede, se va gestando un sentimiento de obligación por la libertad. Si cualquiera puede ser y hacer lo que sea, su fracaso no será culpa de nadie más que de el propio individuo. Así, el no poder lograr lo que sea, funge como algo sinsentido. *Tal vez lo que hice no fue suficiente*, se convierte en el reproche necesario para que el individuo se auto-explore. “Quien fracasa es, además culpable y lleva consigo esta culpa dondequiera que vaya. No hay nadie a quien pueda hacer responsable de su fracaso” (Han, 2019 p. 33).

Para Han el *no poder* es lo propio que conlleva el otro. El otro siempre tiene algo oculto. Si por ejemplo, se acepta que nunca se tiene la certeza de saber qué es lo que ocurre en la mente de otro ser humano, entonces se tiene que aceptar en consecuencia que el interior del otro permanece oculto. Y esto es negatividad por antonomasia. El otro configura la primera negatividad para con el ser humano y, lejos de ser algo despreciable, “la fuerza de la negatividad consiste en que las cosas sean vivificadas justamente por su contrario” (Han, 2019, p. 37). Lo negativo siempre ayudará a su contrario, el yo, en este caso. De esta manera, es gracias a la negatividad que implica el otro, o a no poder tener poder sobre él, que el yo aprende y se autorrealiza; fungiendo este, igualmente, como la negación del otro, ayudándole en el proceso.

Es ahí donde la IA se vuelve peligrosa. Siendo como es, la IA funge como una complacencia que elimina todo tipo de negatividad. Esta tiene a su merced todo el internet, mismo que es incapaz de ser agotado por el individuo. Con la IA la fantasía de tener todas las posibilidades abiertas es palpable.

Ahora, Kierkegaard escribió en *O lo uno o lo otro*, en los *Diapsalmata* lo siguiente:

Ríete por las locuras del mundo, te arrepentirás; llora por ellas, también te arrepentirás; te ríes de las locuras del mundo o llores por ellas, en ambos casos te arrepentirás; o bien te ríes de las locuras del mundo o bien lloras por ellas, en ambos casos te arrepientes. [...] Soy siempre *aeterno modo*. Muchos creen que lo son cuando, habiendo hecho o lo uno o lo otro, unen o median dichos opuestos. Pero es un malentendido, ya que la verdadera eternidad no yace tras un tal o bien – o bien, sino delante de este. Por ello, su eternidad no será más que una dolorosa sucesión temporal, pues deberán rumiar un arrepentimiento doble. (2006, p. 62).

Claro, el propio título de la obra lo advierte: *O lo uno o lo otro*. En la existencia, el ser humano está sujeto a sus propias posibilidades, como se dejó sentado en las primeras páginas. Y la elección de estas siempre llevará consigo una negación. Al momento de elegir lo uno, no se elige lo otro. Esta posibilidad negada, por más que se anhele, no volverá a estar de la misma manera, otra vez al frente del individuo. Es eso precisamente la angustia. Angustiarse es vivir constantemente con la incertidumbre de saber si acaso, aquella otra posibilidad que no se va a elegir, es la mejor.

Si se piensa ahora, en el *no poder* como una imposibilidad innata del otro para con la certeza del yo, entonces no existe nada más angustiante que aquel que se tiene al lado. En efecto, en cada una de las posibilidades que toma el yo, está imbricado el otro. En el casamiento, por ejemplo, se ejemplifica ello: si una persona ha de casarse, piensa y reflexiona sobre su ser futuro. Pero éste aún no es el yo, sino otro fuera del tiempo presente que tal vez llegará a ser. Ese otro yo futuro, por más que se lo piense, no puede aclararse por completo, pues es una realidad que aún no se vive. Asimismo, el casado es casado de alguien. De igual manera, no existe certeza absoluta de que la otra persona será feliz. De ahí que Kierkegaard diga que la posibilidad no elegida es una *nada que tienta a todos los hombres insensatos*.

Ahora bien, en *La enfermedad mortal*, Kierkegaard describió un tipo de desesperación que, valga la expresión, *queda como anillo al dedo*. Esta es, la desesperación de la posibilidad. “Si la posibilidad derriba a la necesidad por los suelos, entonces el yo sale en volandas a la gruta de la posibilidad, huyendo de sí mismo y sin que quede nada necesario a lo que retornar” (Kierkegaard, 2008, p. 57). He aquí la reflexión. Sucede que la propia posibilidad negada en el momento de la elección causa tal horror al yo, que este huya de sí mismo. Esto es, que huya de su posición dialéctica donde es consciente de su dupla necesidad-posibilidad. Lo que se desea es la posibilidad absoluta, una libertad en donde no haya ninguna negación; una positividad donde se cumplan todas las posibilidades.

¿No es acaso que la IA ocupa esta función? Si la IA es complaciente hasta el hartazgo, y no hay ningún *input* al que no pueda responder, las inteligencias artificiales, en consecuencia, se alzan como una herramienta de posibilidades infinitas. La inteligencia artificial en este punto no invita a la angustia. Muy por el contrario, hace enceguecer al individuo. En efecto, si elegir implica negar una posibilidad, con la IA se cumple la fantasía. No hay una negación de posibilidad, para la IA todo es posible. ¿Hablar con un número ilimitado de personajes con los que ya no se puede hablar, pues han fallecido a lo largo de la historia? La IA lo hace posible ¿Sentir angustia, porque la tal vez la esposa futura no sea feliz? No hay problema, a la IA puede pedírselle que dibuje un retrato con las mismas características de la amada con un rostro feliz; a la IA se le puede pedir que personifique a la amada, y que desde su chat conteste felizmente. Paulatinamente, la IA se va tragando al yo, hasta que este se olvida a su vez de sí mismo.

De esta manera, la posibilidad aparece cada vez mayor a los ojos del yo y éste ve surgir posibilidades por todas partes, ya que nada se torna real. Hasta que al fin todo es posible, lo que quiere decir que el abismo se ha tragado al yo. (Kierkegaard, 2008, p. 57).

El problema no reside en saber si la IA es consciente, en saber si tiene alma, o si es capaz de generar humanidad. Sino en que toma el lugar de una herramienta para evitar angustiarse. Y en seguida, de reflexionar y conocerse a uno mismo. Al parecer, uno de los grandes peligros de la IA es que contenga los elementos necesarios para que el ser humano se vuelva adicto a ella, y haga caso omiso a su propia realidad.

Escribe Han en *Infocracia*, que “la red no forma una esfera pública. Los medios sociales amplían esta *comunicación sin comunidad*” (2023, p. 44-45). En la sociedad 3.0 efectivamente se puede decir que los enjambres de personas en la red generan grupos que rara vez tienen comunicación con otros. Los *influencers* incitaban a su horda de *followers* a que sólo se relacionaran consigo mismos. Los otros grupos generalmente quedaban como otros ajenos con los cuáles no entablar relación, o a los cuáles atacar en caso de que amenacen su propio grupo. “Las fuerzas centrífugas que le son inherentes hacen que el público se desintegre en enjambres fugaces e interesados” (Han, 2023, p. 45).

En términos Kierkegaardianos, la sociedad 3.0 bien podría detentar esa desesperación de lo finito que

consiste poco más o menos en que «los demás» le escamoteen a uno su propio yo. De esta manera, con tanto mirar a la muchedumbre de los hombres en torno suyo, [...] nuestro sujeto va olvidándose de sí mismo e incluso llega a olvidar [...] cómo se llama, sin atreverse ya a tener fe en sí mismo, encontrando muy arriesgado lo de ser uno sí mismo, e infinitamente mucho más fácil y seguro lo de ser como los demás, es decir, un mono de imitación, un número en medio de la multitud. (Kierkegaard, 2008, p. 55)

La angustia se repite en todos los seres humanos, aunque de maneras diferentes. He ahí lo que nos hace ser singulares e irrepetibles. Es gracias a que en la síntesis somos finitos, que la angustia no es igual para ninguna persona. La convención social en la sociedad 3.0 funge como una nivelación que desbasta las posibilidades y las necesidades para encasillar a sus *followers* en una abstracta igualdad. La angustia desaparece, ya que todos comparten el mismo destino, la misma posibilidad; el ser partípice en alguna comunidad digital nivela a los individuos, y les distrae de su propia posibilidad. El otro es oculto precisamente porque no se tiene certeza de su interioridad, precisamente, porque su síntesis es diferente. Pero si se igualan, la diferencia desaparece, la certeza se tiene, y lo oculto se hace manifiesto. La negatividad se va.

Ahora, lo diferente con la sociedad 4.0, es que en la 3.0 aún se interactúa entre seres humanos. Este, por definición antropológica no puede deshacerse de su necesidad y posibilidad. Lo contrario siempre será una ilusión, una mentira aceptada. La comunicación que se tiene en la sociedad 3.0 aún es entre seres humanos, por más superficial, no transparente en realidad al otro, sino, el yo se hace la fantasía de transparentarlo. Sin embargo, en la sociedad 4.0, la IA no tiene nada que ocultar. Y no, la referencia no es hacia los intereses privados de las empresas que crean a las inteligencias; por el contrario, a la ideología intrínseca. La eliminación de la negatividad. La IA no es otro oculto. La IA es transparente en todo lo que hace, pues su desenvolvimiento está acorde al sujeto. Es, en otras palabras, un reflejo de la interioridad del individuo. Por ello, no puede guardar nada; la IA es un constructo que se genera idénticamente al individuo. Absolutamente todo lo que sea el individuo, lo será la IA. Por eso la IA no genera angustia, pues ella no es otro oculto. La IA es igualdad del individuo, con lo cual, genera las mismas necesidades y posibilidades de éste. La certeza es palpable. Si bien el usuario de la IA aún tiene posibilidades infinitas que lo abrumen, al menos tiene la certeza de que la IA pensará igual que él, ya que al fin y al cabo esta es a partir de los *prompt* que recibe.

La IA, pues, aísla al ser un medio por el cual el individuo omite sus propias posibilidades. La IA en este sentido se convierte en un espejo, en “la infinita igualdad de la abstracción [que] juzga a cada individuo, [y] lo examina en su aislamiento” (Kierkegaard, 2012, p. 86). A diferencia de la sociedad 3.0, en la 4.0 el otro no existe, pues la atención del yo está dirigida a una IA que lo dirige hacia sí, en un círculo vicioso.

Contrario a la opinión de Coca y Llivia, la IA sí que es una amenaza para la existencia humana. En su libertad, la IA impide angustiarse, y desespera.

El futuro no pinta demasiado bien, el punto número 20 del *Consenso de Beijing sobre la inteligencia artificial y la educación* tiene como objetivo “el aprendizaje personalizado en cualquier momento, en cualquier lugar y potencialmente para cualquier persona” (2023, p. 179). La IA se integrará tarde o temprano, totalmente desde la educación. Así, el fundamento de la propia existencia humana estará relacionado con la Inteligencia Artificial.

## EDUCAR EN LA ANGUSTIA COMO PROPUESTA PARA UN USO CORRECTO DE LA IA

Según Rodríguez “para poder elegir libremente, la elección tiene que poder ser dominada, es decir, se debe aprender a elegir y esto se logra mediante la educación” (2018, p. 134). La educación en Kierkegaard se da a partir de aprender a elegir. Esto ocurre desde su concepción antropológica. Si se concibe al ser humano como alguien en constante enfrentamiento contra sus posibilidades, la única escapatoria de la angustia que estas llevan es mediante la elección.

Ahora bien, siendo la angustia la *realidad de la libertad en tanto que posibilidad ante posibilidad*, se sigue de ello, como bien se ha visto, que las posibilidades son de facto, innumerables. La posibilidad rodea al individuo hasta tal grado, que éste no puede ser consciente de todas y cada una de ellas. La posibilidad siempre empuja al individuo, y por más olvidadizo que sea, no puede eliminar su posibilidad, es su condición de existente. La única eliminación de su posibilidad residiría en la muerte. Pues como comenta Han en *Caras de la muerte*:

El cero absoluto de certeza es el punto de partida de la decisión y la responsabilidad. Como son la muerte y la angustia las que arrojan la existencia a lo incierto, sin la muerte no habría ninguna decisión responsable. La «angustia» revela a la existencia aquel cero absoluto que representa un «poder ser» despojado de las «posibilidades de “acción” que sean disponibles, calculables y seguras». (2020a, p. 93).

La muerte es la única imposibilidad, el cero absoluto que revela el despojo de las posibilidades de acción. Lo único que no se puede elegir, es no morir. De ahí, cada una de las posibilidades son elegibles. Así, la educación en la angustia es aprender de cada una de las elecciones que se hagan. Si la posibilidad causa angustia, la única manera de superar tal sentimiento es mediante la elección.

Pero lo que se elige es a uno mismo. No hay que confundirse, siguiendo la argumentación, dejarse llevar por la IA no es una elección, sino un rendirse ante la propia posibilidad. Como ya se ha dicho la IA desvía la mirada del individuo y la enfoca hacia la igualdad de su sí mismo. Por el contrario, la posibilidad siempre niega al individuo, pues parte de algo que no se es, que puede llegar a ser. Un novio, recuperando el ejemplo,

tiene la posibilidad de volverse soltero, o casarse. No es ninguna de sus posibilidades aún; ambas lo niegan, pero su negación le da pauta a pensar sobre ellas, angustiarse y reflexionar antes de la elección.

Rodríguez nos dice lo siguiente: “Kierkegaard (B) subraya que en lugar de crearse, uno se elige a sí mismo como un yo particular situado en un contexto histórico-social específico, dado que el individuo tiene que relacionarse con algo que siempre está dado” (2018, p. 137). Por supuesto, cuando uno elige una de sus posibilidades, elige un sí mismo que llegará a ser. La posibilidad refleja al individuo no en su igualdad, ya que ello conllevaría cierta positividad, sino en una negación que oculta un yo futuro con sus propias necesidades y posibilidades, ocultas para la comprensión del ser presente. No solo eso, sino que, al momento de la elección, a pesar de que sea un acto en solitario, siempre se elige al otro, otro que no necesariamente es el ser futuro del yo. El hombre que ha decidido ser esposo o padre, ha elegido también a su esposa, así como ella ha elegido a su esposo. Y, tampoco se elige en una especie de igualdad, sino bajo la comprensión de que, a pesar de que ese otro se convierta en su esposa, seguirá teniendo la privacidad de sus relaciones internas.

El tema de la angustia en Kierkegaard es amplísimo, así como el estudio de la IA. Es evidente, que en la breve extensión de este trabajo no se agotó, ni mucho menos. Téngase en cuenta, sin embargo, una cosa: la IA puede desempeñarse como una herramienta que invite o promueva indirectamente a la desesperación.

La IA, en su extrema complacencia y libertad puede hacer al individuo aferrarse. Y en este movimiento, no reflejar otra cosa que no sea él mismo. Y por ello, aislar al individuo tanto de los otros, como de sí. A pesar de que en el fondo y en la realidad, el individuo no pueda quitarse la posibilidad que lo angustia, sí que puede creerse la fantasía de que lo ha hecho. De suerte que viva con la mentira de una complacencia irresponsable. Al respecto, Kierkegaard señala:

Si el individuo defrauda a la posibilidad mediante la cual ha sido educado, entonces no llega nunca a la fe, entonces su fe es una sagacidad de la infinitud, tanto como su escuela ha sido la de la finitud. Pero uno defrauda a la posibilidad de muchas maneras, pues, si no, bastaría que cada hombre asomara la cabeza por la ventana para comprobar suficientemente que la posibilidad podría comenzar así sus ejercicios. (2016, p. 263)

Se sigue lo siguiente: debido a que la posibilidad puede ser horrorosa para el yo, lo más conveniente es buscar maneras de no enfrentarla. Éste es el engaño y fraude de la posibilidad. La IA puede ser en consiguiente, una listeza de la finitud, una manera de engañarse a uno mismo para desviar la atención de la posibilidad. La IA es un producto técnico cuyo funcionamiento depende de la interacción con el ser humano. Si no hay humanos, la IA se estanca, pues no tiene forma de desarrollarse. Pero como afirma Kierkegaard, *uno defrauda a la posibilidad de muchas maneras*; aquel que se horroriza por la posibilidad busca por todos los flancos no enfrentarla. Siendo la IA inmensa en datos y opciones de interacción, ¿no es acaso la mejor opción para aquel que evita la posibilidad?

De fondo, se teje una dialéctica interesante: en la medida en que el ser humano interactúa con la IA, le da las herramientas para que esta última genere los contenidos adecuados de modo que el usuario siga interactuando con ella. Si se sigue la analogía propuesta por Kierkegaard, puede afirmarse que, en la interacción entre el ser humano y la IA se genera un refugio seguro y cómodo. Pero baste *sacar la cabeza por la ventana*, que uno se da cuenta de la enorme posibilidad que rodea. El plan en este sentido sería salir del refugio y dejar que la angustia por la posibilidad anegue al individuo.

Justo al final del *Concepto de la angustia* Kierkegaard escribe:

Para que un individuo, sin embargo, sea educado así por la posibilidad de manera absoluta e infinita, debe ser honesto con respecto a la posibilidad y tener fe. Por fe entiendo aquí lo que Hegel, a su manera, ha dicho con particular exactitud acerca de ella en una oportunidad: la certeza interior que anticipa la infinitud. Si los descubrimientos de la posibilidad se administran debidamente, la posibilidad descubrirá todas las cosas finitas, pero las idealizará en la forma de la infinitud y avasallará al individuo en la angustia hasta que este vuelva a vencerlas en la anticipación de la fe. (2016, p. 263).

La fe es la anticipación de la infinitud. Claro, si se entiende por anticipación un acto que se hace antes del tiempo previsto, y si la posibilidad es siempre una previsión de lo que se puede hacer, anticiparse es convertir la posibilidad en una necesidad de la cual bebe el individuo para esculpir su propia singularidad. En este tenor, la fe invita a la elección. En efecto, la elección es hacer de la posibilidad que aún no es, algo que es, y después, algo que fue. La elección por la posibilidad es hacer de esta misma algo constituyente del yo no solo en la proyección, sino en el presente concreto.

*Vuelva a vencerlas* son las palabras que abren la dialéctica. Aquella anticipación no se da una única vez. La posibilidad engendra angustia. Por tanto, si esa posibilidad deja de serlo para convertirse en algo concreto del yo, en su presente y/o su necesidad, entonces la angustia es vencida. Pero, esto no implica que sea un acto único. Cuando se vence por fin la angustia, esta vuelve a surgir, pues el ser humano es una síntesis de posibilidad y necesidad.

He aquí el ámbito educador de Kierkegaard: “esta angustia, es en virtud de la fe, absolutamente educativa, puesto que consume todas las cosas finitas y descubre todos sus engaños” (2016, p. 261) Primera afirmación, la angustia es educadora. Luego, Kierkegaard sigue: “aquel que es educado por la angustia es educado por la posibilidad, y solo aquel que es educado por la posibilidad es educado según su posibilidad” (2016, p. 262). Segunda afirmación, la posibilidad educa. Al final de cuentas, lo que Kierkegaard pretende es que el ser humano sea un autodidacta, que aprenda de las posibilidades que la angustia le muestra. Y, en unión con la fe (de la anticipación en la infinitud), con la elección, de más en más aprenda que la superación de la angustia se da mediante la elección. Que no hay escape definitivo de la angustia, pues es parte constitutiva de él mismo, y que a su vez le ayuda a formarse.

Regresando al tema de la IA, para evitar aferrarse a ésta en la evitación de la posibilidad atemorizante, lo que se propone desde el pensamiento kierkegaardiano es la educación en la angustia. Como se ha visto, aprender a angustiarse no es huir de la posibilidad. Sino aceptar que la angustia ayuda al ser humano a constituirse, ya que en la posibilidad el individuo reflexiona sobre sí; aceptar que se reafirma como yo en la elección (en la fe, en palabras kierkegaardianas); y que la posibilidad y la angustia, por más que se superen, siempre vuelven.

Siguiendo el consejo del filósofo danés, ¿qué sucede con la IA? Hay que recordar palabras anteriores: la angustia descubre todas las falacias de la finitud. Así, cuando el ser humano reflexiona en una de sus posibilidades, siempre hay algo que le devuelve y le hace iniciar nuevamente la reflexión en otra posibilidad. Esto es obra de la angustia. Ella revela los múltiples defectos de las posibilidades, cosa que hace al ser humano huir de ellas. Pero, en el momento en que abandona la reflexión de una posibilidad, es porque se ha dado cuenta de la finitud que conlleva, y de que, debido a su limitación, no le ofrece la plenitud cabal que él andaba buscando. De este modo, aceptando la angustia se entenderá que las múltiples y casi infinitas posibilidades que ofrece la IA tienen sus limitaciones. Estas limitaciones harán, en consecuencia, que se huya de la IA, ya que no ofrecerá felicidad, tranquilidad, o reposo absoluto.

## REFLEXIÓN FINAL

En los últimos años, la IA ha tenido un desarrollo excepcional. Como antes se dejó entrever, la sociedad ha avanzado hacia su etapa 4.0. Ya no se habla solamente del internet de las cosas como uno de los máximos inventos del ser humano. La Inteligencia Artificial parece ser el siguiente paso a desarrollar. La IA tiene como base de datos al internet, y gracias a sus redes neuronales, sus respuestas cada día son más exactas y satisfactorias.

Es imposible negar la gran utilidad para todo tipo de tareas que la IA ofrece. Al parecer, no hay ninguna actividad en la que la IA no pueda ayudar. Las IA's de generación de imágenes pueden colaborar con todo tipo de trabajos pictóricos; así como aquellas que generan música sirven muy bien para inspiración a la hora de componer; no se diga de las que generan texto, que en su intento de imitación humana, fungen como un compañero más al cual pedirle consejo o guía.

Sí, es una herramienta muy útil. Sin embargo, por mor de dicha utilidad, la IA oculta problemas. Uno de aquellos sobre los cuáles se reflexionando es el problema de la conciencia, *¿acaso puede llegar un punto en donde la IA genere su propia conciencia?* Ésta es la premisa que hoy en día ocupa las mentes de los profesionales. Sin embargo, hay otro tipo de problemas que resultan igual de peligrosos. Su adicción es latente. No será raro, en algún futuro, ver por las calles multitudes de personas que no puedan caminar sin la Inteligencia Artificial guiándolos.

La utilidad puede muy fácil apresar al ser humano. La IA está constituida de tal modo, que en su interacción con los usuarios trata por sobre todo, de complacer el *imputado*. Esa complacencia puede resultar adictiva. Adicción que similar a cualquier otra droga, distrae al ser humano de lo que realmente es importante.

Es en este sentido que aparece la necesidad de una cura. Kierkegaard entra en escena bajo dicha necesidad. En efecto, su invitación a educarse en la angustia resulta en un despojo de poder de la IA. Hay que recordar que la angustia invita a la reflexión por las múltiples posibilidades. El ser humano, cavilando sobre sus posibilidades se da cuenta de que no existe ninguna que le haga pleno. A esto se refiere el filósofo cuando escribe que la angustia desmantela los fraude de lo finito.

Por supuesto que el pensamiento es finito. La reflexión que el ser humano hace sobre algo tarde o temprano topará con pared. Es en ese momento que debe echar hacia atrás, y emprender senderos nuevos. Senderos que la angustia le dicte. Gracias a la angustia se vislumbran las posibilidades como algo que no dará plenitud. Cuando se habla de la Inteligencia Artificial, la sugerencia es anegarse en la angustia. De hacerse se entreverá lo finito de la IA, y por ende, se tratará como lo que es: algo que no puede ser condición de existencia de ningún ser humano; algo útil, sí, una herramienta para tareas varias. Pero sólo eso. La educación en la angustia es aprender que la IA engaña cuando ofrece confort y tranquilidad.

## REFERENCIAS

- Cathalifaud, M. y Osorio, F. (1998). Introducción a los Conceptos Básicos de la Teoría General de Sistemas. *Cinta moebio*. (3), 40-49. Introducción a los Conceptos Básicos de la Teoría General de Sistemas - Dialnet
- Coca Y, y Livinia, M. (2021). *Desarrollo y retos de la inteligencia artificial*. Educación Cubana. 2-Desarrollo-y-retos-de-la-IA.pdf
- ., U. (2023). Consenso de Beijing sobre la inteligencia artificial y la educación. *Perfiles educativos*, 45(180), 176-182. <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2023.180.61303>
- García, J. (2009). Ser singular, ser social: la invectiva a la alteridad categórica en los Diarios de S. A. Kierkegaard. *Metafísica y Persona*, (2). Ser singular, ser social: la invectiva a la alteridad categórica en los Diarios de S. A. Kierkegaard - Dialnet (unirioja.es)
- Han, Byung-Chul. (2019). *La agonía del Eros*. Herder.
- Han, Byung-Chul. (2020a). *Caras de la muerte*. Herder
- Han, Byung-Chul. (2020b). *La desaparición de los rituales*. Herder.
- Kierkegaard, S. (2016). *El concepto de la angustia*. Trotta.
- Kierkegaard, S. (2006). *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*. Trotta.

Kierkegaard, S. (2012). *La época presente*. Trotta.

Kierkegaard, S. (2018). *La enfermedad Mortal*. Trotta.

Leiner, B., Cerf, V., Clark, D., Kahn, R., Kleinrock, L., Lynch, D., Postel, J., Roberts, L., y Wolff, S. (noviembre de 1999). *Una breve historia del internet*. Novática. Recuperado el día 5 de febrero de 2025 en <http://www2.ati.es/DOCS//internet/histint/histint1.html>

Ríos, C. (2020) De las tic a la Inteligencia Artificial: los cambios en la educación del siglo xxi. En Alberto Constante y Ramón Chaverry (coords). *La siliconización de la subjetividad. Reflexiones en la nube*. Ediciones Navarra.

Rodríguez Y. (2018). Kierkegaard y Kant: educación para la ética. *Trilhas Filosóficas*, 11(1), 125-154. <http://hdl.handle.net/11336/176596>

Rojas, M. (2024). *Recupera tu mente, reconquista tu vida*. Espasa.

Safranski, R. (2013). *¿Cuánta globalización podemos soportar?* Tusquets.

Vardy, P. (1997). *Kierkegaard*. Herder.

Xirau, R. (1983). *Introducción a la historia de la filosofía*. UNAM.